
MCM
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL
a 00002 34003 2


LUX
LIBERTAS

EMIGDIO TATO AMAT

Más que el Oro

Apunte de Comedia en un acto, en prosa, oríginal

Premio en el concurso del Ateneo Juvenil

Estrenada con extraordinario éxito, en el
TEATRO LARA de Madrid,
el día 18 de Marzo de 1909

Precio: UNA PESETA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1909

Más que el Oro

Apunte de Comedia en un acto, en prosa, oríginal

DE

EMIGDIO TATO AMAT

Premio en el concurso del Ateneo Juvenil

Estrenada con extraordinario éxito, en el TEATRO LARA de Madrid, el día 18 de Marzo de 1909

Precio: UNA PESETA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
Calle de las Minas, 4
1909

Para Otero, el buen amigo,
que es un exelente actor,
como prueba del cariño
que le profesa El autor
Madrid Julio 1911.

Al distinguido y aplaudido actor

Señor Soto

tiene el gusto de dedicarle con todas sus consecuencias, *esta primicia, escrita sin pretensiones, su verdadero amigo y admirador.*

Emigdio Tato.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia	Sta. Martínez Illescas E.
Aurora.	Seijo.
Gloria.	Martínez Illescas C.
Rosa.	Pérez M.
D. Amador.	Sr. Ferrant A.
D. Rufino	Campiña J.
César.	Gayo F.
Ricardo..	Molinuevo J.
Castro.	Muñoz del Olmo M.
Robertin	Portalés M.
Pascualo.	Ballesteros S.

La copla fué cantada admirablemente en el estreno, por la tiple, Sta. María Campiña.

La acción se desarrolla en un pueblecillo, de las márgenes del Ebro.

La música de la copla, es original del Maestro Campiña. La Sociedad de Autores, la remitirá á quienes la pidan.



MAS QUE EL ORO

ACTO UNICO

Sala lujosa. Puerta abierta al foro, por el que se ven árboles. Izquierda del foro, ventana con persiana medio recogida. Macetas y una jaula de canario. Primero y Segundo término, derecha é izquierda, puertas abiertas. Derecha del foro, un perchero con espejo. Derecha primer término, velador rústico con un jarro lleno de flores. Dos mecedoras de rejilla y varias sillas. Derecha é izquierda, la del actor.

ESCENA I

D. AMADOR y D. RUFINO después ROSA

Amador. (Primera derecha seguido de D. Rufino.) Su estado me tiene inquieto.

Rufino. Todavía no es la cosa para desesperar.

Amador. Si se tratara de otra muchacha, por ejemplo, de mi hija, pero la poble Aurora, un temperamento tan endeble.

Rufino. En efecto, es casi escrofuloso. Su mal es muy profundo y muy dificíl de fijar en grado exacto. Diga usted, ¿ha sufrido mucho?

Amador. Eso sí; sobre ser tan joven, ha experimentado la pena de ver morir á sus padres, y la de un desengaño de amor.

Rufino. Nada. Mucho cuidado con ella. Las cucharadas á su hora. No se fíen de su aparente alegría, que finge por no serles molesta. En su in-

terior sufre mucho, y á solas llora. ¡Qué no diga nunca que la protegen ustedes á medias.

Amador. Desde que tuve el acierto de recogerla á la muerte de su padre, no se ha separado de nosotros. La he educado como á mi hija y ella la quiere como una hermana.

Rufino. Muy bien hecho ¿Y qué me dice usted de Castro?

Amador. Loco con el teatro. Igual que Robertin. Tengo un secretario y un tenedor de libros, que no piensa más que en escribir y representar.

Rufino. ¡Ah! Luego vendré con Gloria.

Amador. Se alegrarán las niñas. (Al foro) ¡Rosa!

Rosa. (Desde el foro.) ¡Señorito!

Amador. Acompaña al Doctor.

Rufino. Hasta luego.

(D. Amador, se dirige al perchero, coge el sombrero, que debe estar colgado, y al ir á salir aparece Julia por la segunda derecha.)

ESCENA II

D. AMADOR y JULIA

Julia. ¡Vaya con Dios mi Señor papá!

Amador. Parece que te elegantizas.

Julia. Ya ves. ¿Estoy guapa?

Amador. Si; pero ¿cómo es que ahora te arreglas tanto? Antes no eras así.

Julia. Antes, claro... pero ahora me sucede una cosa muy rara: es decir, no es rara.

Amador. ¿Rara? ¿Mala no será?

Julia. Al contrario. (Coquetonamente) Es muy buena, y á mi edad, más.

Amador. ¡Ah! vamos. Has encontrado algún hombre que...

Julia. Si papá... (Con mimo.) ¡Pero no me riñas!

Amador. ¿Reñirte? No. Con tal que sea digno de ti.

Julia. ¿De verdad?

Amador. Yo dejo esas cosas, bajo la responsabilidad del que las hace. El matrimonio creo que es el acto más importante de la vida, y que mal halla el que en él aconseja.

Julia. Pero siendo mi padre...

Amador. Si; todo lo que quieras. Pero que te va á decir el que nunca amó?

Julia. (Reprendiendo.) ¡Papá...!

Amador. Parecerá una ironía del destino que se llame Amador, el que prefirió vivir solo, hasta que los médicos le aconsejaron el matrimonio.

Julia. Si no quisiste á mamá, ¿cómo pues te arreglaste para...?

Amador. Te diré. Obligado á casarme, comenzó mi duda. Todas las mujeres me resultaban caprichosas y románticas hasta el ridículo, y hube de buscar á la que me fué menos antipática.

Julia. Tu querías á mamá.

Amador. No te lo niego. Mi matrimonio con ella determinó en mi sér simpatía, al principio, y cariño cuando tu viniste al mundo... Pero, ¿quién es él?

Julia. Un artista, un poeta.

Amador. César.

Julia. Lo adivinaste; poeta, artista.

Amador. Bueno, ¿y ese que pinta en la sociedad?

Julia. Pinta cuadros llenos de vida, y con su pluma traza poemas de ternura.

Amador. Me refiero á su situación económica.

Julia. No te fijes en eso si quieres verme dichosa. La felicidad no es el dinero, y un corazón responde más prontamente cuando se le pregunta ¿Cuánto me quieres? que cuando se le interroga ¿Cuánto tienes?... ¿No es así?

Amador. Efectivamente. Siendo tu rica, procura pesar en la balanza de la prudencia, tu corazón con el suyo, y si ambos platillos se mantienen á la

misma altura; será señal evidente de su amor y desinterés.

Julia. Así lo haré.

Amador. Mi alegría sería verte feliz.

Julia. La mía, verte contento.

Amador. ¿Vienes á dar un paseo por el campo?

Julia. Prefiero esperarte aquí.

Amador. Lo que quieras. Adios hija. (Váse foro.)

Julia. Hasta luego, papá.

ESCENA III

JULIA sola

Julia. Mi padre me adora. ¡Sería tan desgraciado si me viera infeliz! Por eso su temor de aconsejarme. (Pausa.) No se que me pasa el hielo de la indiferencia se ha roto, y al calor de una mirada, se ha germinado en mi la pasión. (Pausa.) ¡Si me engañara! ¿Y por qué? Quisiera ser muy pobre para profundizar su alma. ¡Qué tonta! No; él me quiere por mi, por mi hermosura; es artista. (Se oye cantar la siguiente copla:)

No busques en mi riquezas

La copla. La de siempre. (Continúa la copla.)

porque riquezas no tengo.
Busca en mi un corazón noble
el corazón que te ofrezco.

¡Qué verdad dice!... La mañana está hermosa. (Va al perchero.) ¡Qué pelos más endemoniados!

ESCENA IV

JULIA y AURORA por primera derecha.

Aurora. Muy bien, muy bien. Estás preciosa.

Julia. (Volviéndose.) Me confundes con tus elogios.

Amador. Los mereces. Hoy tienes una cara divina... Así, no te quites el lazo, ¡Si te viera hoy César!

Julia. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

Aurora. Sí; hágase usted la tonta como si no supiéramos que le quieres.

Julia. ¡Ay Aurora de mi alma! ¿A qué negarlo? Le quiero mucho, mucho.

Aurora. Ya...

Julia. Nuestras relaciones, sobre ser de pocos días, serían difícil de cortar. Habla el alma. El me escribió teniendo vergüenza, quizá, de hablarme cara á cara.

Aurora. ¿Y qué? ¿Y qué?

Julia. Al principio, dudé. Me parecía imposible que la indiferente de siempre, amara, y fuera hermosa para ser amada.

Aurora. ¿Hablaría la luna del espejo?

Julia. Y también la naturaleza. Aquél me decía que era bella y que sería feliz. Luego, vacilaba al analizar su posición social y su porvenir. El, un autor modesto, un artista que un mañana puede ser algo, pero que en el presente no posee más que gloria, eso sí, mucha gloria... Yo, una niña criada entre mimos y cariños.

Aurora. La diferencia es notable. ¿Y qué te dijo la naturaleza?

Julia. Verás. Una mañana muy temprano, me asomé á la ventana. Sobre la jaula de mi canaria, piaba alegremente un simpático jilguero. El pobre pájaro miraba por entre los alambres, derramando por su pico notas armónicas, que traducidas á su lenguaje, deben ser frases de cariño, de inmenso amor. Los pájaros también aman. Entonces dime cuenta de mi juventud y de la necesidad de amor, y, anhelante de él contemplándola, oí el consejo de la naturaleza que ante mi vista se mostraba como nunca, más grande y esplendorosa.

Aurora. ¡Bravo! ¡Bravo!

Julia. Tu ya me conoces, y sabes que no miento. Si nunca supe amar, hoy me ha enseñado un

pájaro, quizá mi corazón reaccione, dejando su cariño, cual el niño que á poco de poseer el juguete que pedía, le retira estropeado á un rincón, para no acordarse más de él.

Aurora. Sigue tu amor, y deja que se desborde el alma.

Julia. Tu eres muy buena y debes aconsejarme.

Aurora. ¿Aconsejarte yo? Una humilde amparada por vosotros, que no puede hacer más que seguir tus pasos y hasta besarlos si fuera preciso.

Julia. No hables así.

Aurora. Por otro motivo, ¿cómo darte mi consejo? Cuando este invierno fuí á ver á la tia, sentí amor. Un joven me habló de esas cosas, y le creí. Después me ha olvidado.

Julia. ¡Pobrecita! Ahí está César. Ya me ha visto. (Suplicante.) Aurora...

Aurora. Sí; ya entiendo. Hasta luego. (Váse primera derecha.)

ESCENA V

JULIA y CESAR

César. (Desde la ventana.) ¡Ah de la casa! ¡Ah del amor!

Julia. Adelante el caballero, que á mi castillo sea bien llegado.

César. (Entrando.) Honor á la dama que bien halle el caballero que la adora.

Julia. Bien bien, muy bien por la parodia de aquellos tiempos felices.

César. Si tu fueras mi dama y estuviéremos en la Edad Media, pelearía en noble lid, por alcanzar tu amor.

Julia. Y ahora...

César. Ahora no puedo más que decirte muy bajito y para que te llegue al alma: ¡Yo te adoro!

Julia. Estás romántico.

César. Estoy contento, contentísimo, como el náufrago que después de haber luchado valientemente con las olas quequerían hundirle en su seno para servir de pasto á los peces que viven en su inmensidad, y se vé por fin salvo en los brazos de su adorada. (Intenta abrazarla.)

Julia. (Rechazándole.) ¡Quieto!

César. Yo era uno de esos náufragos expuesto á hundirme para siempre entre las olas no menos bravas de esa sociedad egoísta, y que venciendo al mar de la existencia, me veo por fin ante ti, ante mi Julia.

Julia. ¿Dispuesto á quererme?

César. Dispuesto á todo. A vencer envidias, odios, enemigos; á perder porvenir, esperanzas, ilusiones y hasta la vida, con tal de morir satisfecho, al saber que sobre mi tumba ha de haber flores siempre frescas, porque las riega el llanto de la mujer á quien adoro.

Julia. ¡Si me engañaras! ¡Si tus palabras no fueran más que sueños!

César. Sueños si; ¡pero que bellos! Son producto de esa visión hermosa que me deslumbra como un sol irradiante de verano. Es un sueño del que no quiero volver; un sueño de felicidad y de duda; de ventura y de miedo; de dicha y de temor. Felicidad, ventura y dicha, todo es una cosa que me anima en tu amor. También una es la duda, el temor, el miedo... Pero dichoso yo, si cuando te miro dudando de tu cariño, te veo ofreciéndome felicidad. Dichoso yo, si cuando temo por tu desden, tu con una mirada truecas el miedo por la ventura. Feliz yo, si vences mi ridículo temor, proporcionándome la dicha de ser amado.

Julia. Vence tus dudas y temores; sueña, porque sueñas la realidad. Tu posición me importa

poco. Eres pobre. No soy egoísta. Detesto á quien para ver amor en un corazón, ha de estar este cubierto de condecoraciones ó acorazado con una cartera. Te quiero, porque como tu, siento el arte y admiro la naturaleza. Tu sabes describirla en poemas de ternura, y yo se sentir contigo la grandeza, aunque más torpe, no puedo expresarla con rasgos de una pluma, si no con latidos de un corazón.

César. Asi te quiero.

Julia. Y he de preferirte á esa turba ridícula que me asedia con falsas palabras...

César. ... que suenan muy bien al oído, pero que no llegan al corazón, porque en él, no repercute más que lo que va directamente al alma.

Julia. Eso.

César. Eres digna de mi, de mi arte.

Julia. Créome digna de él, muy digna. Considero que no eres malo...

César. ... porque no puede serlo el hombre absorto ante las grandezas de la creación; porque no puede ser cruel, el poeta extasiado que contempla la hermosura de los campos; la inmensidad de los mares; la sublimidad de los cielos (Abraza á Julia.)

Julia. ¡Grandioso!

ESCENA VI

DICHOS y ROBERTIN

Robertin. (Por primera izquierda y recitando.)
«Como Dante dijera que al infierno»
(Se detiene al ver la la pareja.)

Julia. (Deshaciéndose de los brazos de César.) ¿Ves?

Robertin. (Rediós con el poeta. Parece que se está apróvechando.) Si estorbo...

César. Nada de eso.

Julia. Jóvenes tan simpáticos, siempre son agradables.

César. Ya lo creo.

Robertin. Muchas gracias. (Recitando.)

Me confunden sus elogios
porque ellos son tan sinceros,
que son propios para damas
en boca de caballeros. ¿Eh?

César. Muy bien.

Julia. ¿Eso será también del drama de Castro.?

Robertin. Eso es. «La Broma» drama en nueve actos. Acto primero, escena cuarenta y una. Cuando el Marqués, que, dicho sea entre nosotros, soy yo, le dice á la dama desde el foro (Imitando va al foro.) ¡Rosa! ¡Rosa!... ¿No vienes?... ¡Rosa! ¡Rosa!

ESCENA VII

DICHOS y ROSA por el foro.

Rosa. ¿Qué quiere?

César. (Riendo.) Escena cuarenta y dos.

Julia. ¡Qué gracia!

Rosa. ¿Desean algo?.

Robertin. Torpe. (Recitando.)

Vete corriendo á la sala
que allí te espera impaciente,
el galán enamorado,
que te quiere dulcemente

Julia.
César. || Bien, bien.

Rosa. Pero ¿qué dice usted?

Robertin. (Incomodado.) Que te vayas á la cocina.

Rosa. En qué quedamos ¿Voy á la cocina ó á la sala?

Julia. Sí; vete á la cocina.

Rosa. ¡Vaya unas bromas!

Robertin. (Señalándole el foro.) Mutis por el foro.
Rosa. Me van á volver loca. (Mutis.)
Robertin. ¿Han visto ustedes? ¡Como lo digo! Espero su obra. Ya sabe, estreno inmediato.
César. Ya escribiré algo. ¿Y los trajes de ésta?
Robertin. Completos y hermosos.
Julia. Que te los enseñe.
César. Con mucho gusto ¿vamos?
Robertin. Vamos. (Vánse primera izquierda Robertin y César.)

ESCENA VIII

JULIA y PASCUALO por el foro.

Pascualo. Güenos días siñorica.
Julia. Tú los tengas; Pascualo ¿Vienes del campo?
Pascualo. Eso mesmamente. Allí estaba recojiendo estas florecicas pá la siñorica.
Julia. Muchas gracias.
Pascualo. Eso no tié importancia; iba á tirarlas y me dije, digo: Pus voy y se las llevo. Eso es, y he venío. ¿Son güenas?
Julia. Preciosas. Muy aromáticas.
Pascualo. Eso sí, tienen un olorcico que tira pá espaldas. Póngaselas usted.
Julia. Así. (Se las coloca en el pecho.)
Pascualo. Eso mesmo; paice usted ahora esa matrona que hay retraá en el cuarto del Sr. Robertin, y que él dise que es la Señora República.
Julia. ¿De verdad?
Pascualo. De veras, y como no se las quite, le vá usté á gustar mucho á ese siñorico de fuera que ha venido al pueblo.
Julia. ¿Qué señorito?
Pascualo. Casi ná, uno muy mudao, y con un sombrero de esos que paice un caldero; va con su papá.
Julia. ¿Tú le conoces?
Pascualo. No, pero hi oído que es un marqués.

Julia. ¿Un marqués?

Pascualo. Sí, siñora. Cuando estaba trillando el grano, su papá ma dicho que viniera á desile que le preparen una habitación.

Julia. (¿Quién será?) Oye ¿y qué tal es el señorito?

Pascualo. Mu guapo y mu templao ¡tié unos bigotes! ¡Ya verá como le gustan los bigotes!

Julia. Voy á decirle á Rosa que prepare una habitación, para el de los bigotes. (Mutis segunda izquierda, riendo.)

ESCENA IX

ROBERTIN, CESAR y PASCUALO

Robertin. (Primera izquierda seguido de César.) ¿Son bonitos?

César. Hermosos.

Robertin. Hola Pascualo, ¿vienes á ensayar?

Pascualo. Ahora. no; luego vendré á eso.

César. ¿Estás fuerte?

Pascualo. (Enseñándole el brazo.) ¿Qué si estoy fuerte? Toque usté, toque usté.

Robertin. No seas bruto.

César. Ya vendré á veros ensayar la víspera de la función.

Pascualo. Cuando yo digo: Marquesa, acordaos de la consencia. Me vengaré por ahí. (Va á la derecha.)

Robertin. Por ahí no por el foro.

Pascualo. ¡Ah! sí, ya me acuerdo. Es así: Marquesa acordaos de la consencia. Me vengaré por el foro.

Robertin. Bruto, más que bruto.

César. Bueno, ¿os venis?

Robertin. Sí, vamos.

Pascualo. Ya lo aprenderé. Verá usté que éxito más grande. (Vánse foro.)

ESCENA X

JULIA y AURORA

Aurora. (Primera derecha.) Julia.

Julia. (Segunda derecha.) ¿A que no sabes quien ha venido?

Aurora. ¿Quién?

Aurora. Un marqués.

Julia. Un marqués ¿quién?

Julia. No lo sé. Papá me ha enviado á Pascualo para que preparen una habitación.

Aurora. ¿Y no sospechas?...

Julia. Sí, es decir, no... ¡ah! Será... ¿tú te acuerdas de Ricardo de Robirosa?

Aurora. ¿Ricardo ha venido?

Julia. Debe ser él: un marqués amigo de papá, el único.

Aurora. ¿No me engañas?

Julia. Creo que será Ricardo, pero ¿porqué ese interés? (Aurora calla.) ¡Ah! vamos, un secreto de amor.

Aurora. Tu eres Buena. Debes saberlo todo. Ricardo fué mi amigo, es decir, más que amigo, fué...

Julia. No sigas, fué tu novio.

Aurora. Eso. Cuando estuve con la tía me habló de amor. Yo no entendía de esas cosas, supo convencerme y le amé.

Julia. Entonces...

Aurora. ¡Qué...!

Julia. Como á mi. Yo lo he despreciado.

Aurora. Yo le amé y le amo.

Julia. Ya hablaremos de eso. Ahora corre al tocador.

Aurora. ¿Otra vez?

Julia. No te importe. Los hombres, siempre conservan la primera impresión.

Aurora. Lo haré por ti.

Julia. Ya lo sabes. Muy adornada, mucho. La belleza natural, encanta al artista. La artificial, es la que gusta á los marqueses.

Aurora. Hasta después. (Váse segunda derecha.)

ESCENA XI

JULIA, D. AMADOR y RICARDO por el foro.

Amador. Pase. por aquí.

Ricardo. Señorita...

Julia. Caballero... ¡Calla si es Ricardo, es decir el Señor Marqués!

Amador. Eso, Marqués.

Ricardo. Tengo una satisfacción vivísima en volver á ver á usted, Señorita.

Julia. Satisfacción que también experimento yo... ¿Y á qué debemos ese placer?

Ricardo. Tuve la fortuna de ser encontrado por su señor papá, á mi llegada al pueblo. y él me obligó á parar en esta casa por algunos días.

Amador. Que se encuentra muy honrada.

Julia. ¿Viene usted de Madrid?

Ricardo. Salí en Mayo. Aquello debe ser ahora un hervidero. He viajado por Italia, hasta llegar á este pueblo. donde he de comprar una finca.

Amador. Sí; en ella está contenta mi hija. Yo que podría estar en el extranjero. me conformo con cazar mosquitos en la huerta, ó engañar pececillos en el Ebro.

Julia. ¿Ve usted? Para todo es igual, para todo es indiferente. Hasta en los asuntos más difíciles, me falta su consejo. Lo que yo diga... Lo que yo diga...

Amador. Para mi la vida. no es sino un entreacto de otros actos mayores. Estoy en el mundo, como en visita de etiqueta. Siempre con el gabán

puesto y sombrero en mano. esperando á que me hechen.

Julia.
Ricardo. } Ja, ja. ja.

Amador. Porque vamos á ver: ¿Qué esperamos en el mundo? Si á mí me consultan, no nazco; ha sido un engaño. Puedo asegurar á ustedes. que ya no vuelvo á nacer más.

Ricardo. Efectivamente.

Amador. Nace uno, para crecer; crece. para estudiar; estudia, para saber; sabe. para trabajar; trabaja, para comer; come para vivir; vive, para sufrir; sufre. para enfermar; enferma para morir y muere para descansar. Lo que yo digo. Esto es sólo un entreacto, pero de esos que no hay orquesta, de los más aburridos.

Julia. Como exajeras.

Amador. La verdad, la verdad.

Ricardo. (Transición.) Ya hacía tiempo que no nos veíamos.

Julia. Dos años. (A su papá.) ¿Verdad?

Amador. Justos.

Ricardo. La última vez fué...

Julia. En casa de doña Frasquita.

Amador. ¿Y como está esa señora?

Ricardo. De ciencia cierta no se nada, por que yo hube de separarme de aquella reunión á virtud de un desengaño.

Julia. (Con picardía.) De amor.

Ricardo. (Calcando.) Quise con locura á una mujer que frecuentaba aquella casa y...

Amador. Se retiraría usted antes que le cazasen.

Ricardo. Al contrario. Aquella mujer no me quiso y decidí no volver más. No tenía corazón.

Julia. Quizá la juzgue usted mal.

Amador. Como todas.

Ricardo. No, como todas. no. Ella tenía en mí. un fiel amante.

Julia. Y si su corazón...
Ricardo. El corazón se aclimata á cualquier amor, si es correspondido.
Julia. No estoy en eso conforme con usted. Nunca se debe ordenar á un corazón, porque á éste le da impulso el alma, y el alma no se aviene á convencionalismos.
Amador. Mi hija está muy romántica.
Julia. (Con picardía.) ¿Y si la encontrara usted?
Ricardo. (Calcando.) ¡La repetiría, que la adoro!

ESCENA XII

DICHOS y PASCUALO por el foro.

Pascualo. (Hasta el proscenio.) ¿Dan su permiso?
Amador. (Riendo.) ¡Adelante! ¿Qué quieres?
Pascualo. Pus esta es buena. Pus que ha desío el Sr. Cuchufletas, q'a la burra de la Siña Rita, la cojío un calambrie.
Amador. ¿Y á mí que me cuentas?
Pascualo. Pus que ma dicho, que de paso que iba h'avisala, que viniera á llamale.
Amador. Qué querrá ese bruto. Marqués con su permiso.
Ricardo. Úselo con entera libertad.
Amador. (A Julia.) Que acompañen al Sr. Marqués á su habitación. Hasta luego. (A Pascualo.) Anda delante.
Pascualo. Güenos días. (Vánse por el foro Amador y Pascualo.)

ESCENA XIII

JULIA y RICARDO después ROSA.

Ricardo. (Se levanta rápidamente. Vá al foro para convencerse de que ha desaparecido D. Amador y se dirije á Julia.) Julia. Julia. Inútil callar más. Os amé entonces, y ahora que la providencia me coloca en tu camino, te adoro. (Vá hacia ella.)

Julia. Calma Señor Marqués. Quieto ó llamo.

Ricardo. No, por favor; por caridad. Pídeme cuantas pruebas creas necesarias, pero ofréceme tu cariño.

Julia. Ja, ja, ja.

Ricardo. ¿Te ríes?

Julia. Me río, por que ahora ya no me parecéis el marqués de hace un momento, sino Ricardo, Ricardín, aquel muchacho que soñaba imposibles.

Ricardo. ¿Imposibles dices?

Julia. Antes he de advertir á usted, que amo á otro hombre.

Ricardo. No me hagas sufrir, dime la verdad y si me hablas con ella, compadécete de mí y vuelve en tu camino.

Julia. La mujer es muy fácil de vencer, muy fácil, digo, cuando se la sabe conquistar.

Ricardo. ¡Julia!

Julia. Vos sabíais mis inclinaciones, y sin embargo, ni siquiera por cortesía estuvísteis conforme con mis ideas. Entonces, hubiera sido fácil convencerme, con tal de que hubiérais fingido amar el arte y la naturaleza. Hacerme volver ahora en mi ruta, es difícil.

Ricardo. ¡Por Dios Julia!

Julia. A la mujer, os repito, se la engaña, cuando tie-

ne ante su vista dos caminos opuestos, y no sabe cual seguir, pero cuando ya ha caminado por uno y distingue la meta de su viaje, decirla que vuelva atrás, no es engañarla, es hacerla reir.

Ricardo. Julia... Considera, considera.

Rosa. (Desde la segunda izquierda.) Señorita, la habitación está dispuesta.

Julia. Acompaña al Señor.

Ricardo. (Saludando.) Señorita...

Julia. Caballero. (Váse Ricardo, siguiendo á Rosa.)

ESCENA XIV

JULIA, luego CASTRO

Julia. Ricardo, ya marqués, me adora. Un hombre lleno de pergaminos. Yo debí quererle, sí; pero antes. En el presente, no; César, César ¡ya ves si te quiero!

Castro. (Primera izquierda. Lleva dos libros y va leyendo en uno y otro, según la escena lo marca.) «Capital á caja, 500 pesetas. Caja á mercaderías, 2.000.» «Escena 24. El Trovador y Adelaida.» «A tiempo retiré su letra.» «Señora Duquesa, vos lo decís, y lo creo.» «Tres por cuatro, doce.»

Julia. Castro, ¿está usted rezando?

Castro. Adios capullito.

Julia. ¡Huy! Capullito y todo.

Castro. Y todo lo hermoso que se pueda haber soñado.

Julia. ¿Donde vá usted con esos libros?

Castro. Yo que sé. De seguro al manicomio.

Julia. ¿Con ellos?

Castro. El uno, es el libro diario, donde se registran las ganancias de su papá, un poderoso propietario y comerciante en la venta de patatas ú otros tubérculos.

Julia. ¿Y el otro?

Castro. El otro es un poco más pequeño. En él registro los productros de la inteligencia humilde, de un tenedor que escribe.

Julia. ¿Es compatible su cargo con las letras?

Castro. Ya lo creo. Por lo menos, se contar y anotar en el libro correspondiente, el tiempo que pierdo.

Julia. Es curioso.

Castro. Mi cabeza debe estar rayada como un libro mayor, porque en ella se pueden hacer toda clase de asientos.

Julia. ¿Habrá una casilla para anotar sus obras?

Castro. Escribo algo; se estrena en nuestra Sociedad de Teatro; se protesta, é inmediatamente pongo el siguiente asiento:
«Caja encefálica á tiempo perdido..... 1.000 silvidos.»

Julia. Usted bien que se divierte

Castro. Mucho. Días hay que digo: Voy á terminar la escena de la dama en mi obra «La Broma». Empuño la pluma y pienso, ¿Quién debe salir ahora? ¿El caballero? ¿El montañés?

Julia. ¿Y quién sale?

Castro. Casi siempre su señor papá que me pregunta como anda la venta de las patatas. Hay para volverse loco.

Julia. Es verdad.

Castro. Voy á buscar á Robertin para ensayarle su monólogo del segundo acto. (Preocupado.) Patatas á mercaderías. Mercaderías á patatas.

Julia. (Riendo.) Patatas á escena.

Castro. (Volviéndose.) Nada de presentimientos.

Julia. Hasta después. (Váse Castro por la primera y Julia por la segunda derecha.)

ESCENA XV

D. AMADOR

Amador. (Por el foro.) No hay nadie. ¿Por donde andarán esas muchachas? ¿Qué tenía yo que hacer? ¡Ah! Las mercancías de embarque. (Váse foro.)

ESCENA XVI

AURORA luego RICARDO

Aurora. Ricardo aquí. Debiera estar contenta y temo presentarme ante él, que habrá venido para pretender, no á Julia, sino á la hija del propietario. A ella le enseñó el amor ese pobre pájaro. Quizá sepa enseñarme á sufrir y á olvidar. (Por el pájaro.) Rico, riquito, canta.

Ricardo. (Segunda izquierda.) Decididamente me voy. En cuanto vea á D. Amador me escuso y... (Fijándose en Aurora.) Señorita...

Aurora. (Con alegría mal simulada.) Ricardo...

Ricardo. (Sorpresa que contraría.) ¿Tú aquí? No comprendo.

Aurora. Sí; con Julia. ¿Te extraña?

Ricardo. No me dijeron nada, por lo demás...

Aurora. Ricardo, tú no me has querido.

Ricardo. No recordemos eso, los tiempos cambian y...

Aurora. ¿Quieres á Julia?

Ricardo. No; es decir, sí.

Aurora. No me hablabas así antes, germinar en mi pecho un amor, para marchitarle después con el olvido...

Ricardo. Si embargo...

Aurora. No, eso es imposible, imposible, si vienes á buscarme...

Ricardo. Nuestro encuentro fué casual.

Aurora. Así lo supongo.

Ricardo. Aurora, Adios. (Aurora se sienta en segundo término de la derecha, y llora. Ricardo sostiene una lucha

como queriendo hablar á Aurora.) (Ese fué mi verdadero amor. ¿Pero á que la sombra de Julia? Estoy loco, loco.) (Váse por la segunda izquierda.

ESCENA XVII

AURORA y JULIA

Julia. ¿Qué es eso? ¿Lloras? ¿Qué te ocurre?
Aurora. Nada, nada, tengo pena y...
Julia. Has hablado con Ricardo.
Aurora. No, no.
Julia. Inútil negarlo. Lo dicen tus lágrimas y lo ratifica tu negativa.
Aurora. Pues bien, amo á Ricardo, como antes, más que antes. Me acordé siempre de él.
Julia. Adiviné tu recuerdo.
Aurora. Ricardo no me ama.
Julia. Viene por mí, pero no temas.
Aurora. Por tí que eres más rica.
Julia. Y tú muy buena.

ESCENA XVIII

DICHOS y CESAR

César. (Muy alegre, por el foro.) ¡ Abricias, abricias! El jueves se estrena en Madrid mi comedia MAS QUE EL ORO.
Julia. Mil felicidades.
Aurora. (Tristemente.) Mi enhorabuena
César. Estoy contento, contentísimo ¡Soy dichoso!
Julia. César, calla, porque tu lenguaje de felicidad, hace daño á la pobre Aurora.
César. (Inclinándose.) Señorita...

ESCENA XIX

DICHOS, D. RUFINO y GLORIA

Rufino. (Por el foro seguido de Gloria.) Señores...
Gloria. ¿Qué tal Julia? ¿Y tú? Buenos días César.
Aurora. (¡Qué martirio!)
Rufino. Amigo César, ¿cómo van esas obras?
César. Bien.
Julia. El jueves estrena.
Gloria.
Rufino. Sea un éxito.
Rufino. ¿Y tú? (A Aurora.) ¿Tomas las cucharadas?
Aurora. Hora á hora.
Gloria. ¡Qué calor hace! (A Julia.) ¿Y Robertin?
Julia. Mucho calor (A Gloria.) Ahora saldrá.
Rufino. ¿Y como se pasan los días?
Julia. Regular. Ahora tenemos un invitado.
Rufino. Rovirosa.
Julia. ¿Sabía usted...?
Gloria. Lo hemos saludado antes.
Aurora. (Yo no aguanto más.) (Váse primera derecha.)
César. Usted sigue tan guapa.
Gloria. Es usted muy galante.
Julia. Siempre lo fué.
César. Tendrá novio, claro.
Rufino. No lo consiento yo.

ESCENA XX

DICHOS y ROBERTIN

Robertin. (Se detiene.) (¡Mecachis!)
Julia. D. Rufino, que Gloria es joven.
Rufino. Su novio ha de ser de mi agrado. Si no está autorizado por mí y le pesco infraganti, le rompo las costillas.
Robertin. (¡Jesucristo me ampare!)
Rufino. (Fijándose en Robertin.) ¿Qué haces ahí?

Gloria. (¡Le ha visto!)
Robertin. Pues iba, iba ahí fuera.
Julia. Está muy atareado. Menudo lío lleva entre manos. (A César.) Ahora verás.
Robertin. (¡Ay que me descubre!)
Rufino. Ven acá. Es inútil que niegues nada. Sé que esa cosa que ocultas, corresponde á tu mérito.
Robertin. ¿Sí? Muchas gracias. (¡Ah pues no me rompe nada!)
César. Es un buen muchacho.
Robertin. Gracias. Pero no comprendo los elogios...
Rufino. Los mereces. El asunto que te anima es difícil, pero tú sigue persiguiéndola. que al fin será tuya la gloria.
Julia. (Con picardía.) Ya lo creo.
Robertin. ¿Será mía? ¿De verdad? ¡Ay que gusto! ¿Pero usted no se niega?
Rufino. Al contrario. Te protejo y te compro 12 butacas.
Robertin. ¡Una sillería!
Julia. No te quejarás.
Gloria. (¡Qué alegría!)
Robertin. Pues si usted nos proteje, nos casamos en seguida, ¿verdad chica?
Rufino. ¿Como? ¿Qué significa eso?
Julia. Que se casa con su hija.
Rufino. ¿De manera que ya se entendían? Yo no puedo consentir...
Robertin. ¿Pero no es verdad?
Gloria. (¡Se descubrió!)
Rufino. No señor, yo no consiento...
César. Usted lo dijo antes.
Robertin. Me acaba de decir, que la Gloria sería mía.
Rufino. La gloria del arte, no mi hija Gloria.
Gloria. (Suplicante.) Papá...
Robertin. (¡Adios mi dinero!)
Julia. La equivocación ha tenido gracia. Usted debe

proteger ese matrimonio. Robertin es honrado y trabajador.

Robertin. (A Julia.) (Duro, duro.)
Gloria. Papá...
Robertin. Papá... digo D. Rufino.
Rufino. Ven acá. ¿La harás feliz?
Robertin. ¡Felicísima!
Rufino. ¿Le quieres tú?
Gloria. Sí. papá.
Rufino. Dale una mano. Yo os bendigo

ESCENA XXI

DICHOS y D. AMADOR por el foro

Amador. Bravo. Así se hace ¿Los casa usted?
Julia. Lo pedí yo.
Rufino. Soy padre.
Amador. Le aumento el sueldo si se deja de teatros.
Todos. Muy bien.
Robertin. Gracias. Ahora no representaré más que la eterna comedia de la vida.
César. La alegría que nace.
Amador. Pues señor, me acaban de dar una broma.
Rufino. Algún chusco.
Amador. Quisiera saber... ¡Pero que broma!

ESCENA XXII

DICHOS y CASTRO por primera izquierda

Castro. (Leyendo.) ¡Qué escena! Cargo á su cuenta.
Julia. No te preocupes.
Amador. Quisiera saber quien es el autor.
Castro. (Presentándose.) ¿El autor de qué?
Amador. De la broma.
Castro. Servidor.
Amador. ¿Tú?

Castro. Sí, yo. ¿No me creen capaz?...

César. ¡Pero hombre, qué dice usted?

Castro. La hice á ratos perdidos, y será un éxito.

Amador. Mereces que te heche de mi casa. ¿Para qué me has llamado?

Castro. ¿Yo?

Amador. Sí señor. ¿Para qué esa broma?

Castro. ¿«La Broma», drama en nueve actos?

Todos. ¡Ah!

Amador. Dispense usted preguntaba quien sería el autor de una broma que me han dado.

Castro. Bonito asunto para un sainete. Oye Robertin, al mes que viene se pone en escena.

Robertin. Ya no soy actor.

Gloria. No es actor.

Robertin. Me caso.

Castro. Con Gloria.

Rufino. Lo autorizo yo. ¿Qué voy á hacer?

Castro. Entonces si pierdo el galán joven no escribo más obras, y voy á cerrar mi libro, con el siguiente asiento: «La Broma á inteligencia... Saldo.»

Amador. Es bromista.

César. Ingenioso.

ESCENA XXIII

DICHOS y RICARDO, por segunda izquierda.

Ricardo. Señores. ¡Hola! Gloria. D. Rufino, ¿qué tal?

Rufino. Bien.

Gloria. Beso á usted la mano.

Amador. ¿Ha descansado usted?

Ricardo. Lo suficiente para emprender el regreso.

Amador. ¡Cómo! ¿No vino usted por varios días?

Ricardo. Asuntos urgentes oblíganme á dejarles.

Julia. Lo siento por vos.

Ricardo. Y yo por vos.

César. (¡Como!)

Julia. (¡Calla!) Aurora ¿y Aurora? (A la derecha.) ¡Aurora.!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y AURORA, por primera derecha

Aurora. ¿Llamas?

Julia. El Marqués se vá.

Aurora. Ricardo, sea usted dichoso.
(Se oye cantar. Todos callan:

No busques en mí riquezas
porque riquezas no tengo,
busca en mí un corazón noble
el corazón que te ofrezco.)

Gloria. Buena voz.

César. Buen verso.

Julia. Buena lección. (A Ricardo aparte.) Marqués, no la hagáis sufrir.

Aurora. No entiendo.
(Vuelve á cantar:

Cuando pudiste quererme
alentaste otro querer.
Deja mi amor y proteje
el amor de otra mujer.)

Julia. ¿Ois?

Ricardo. Oigo y comprendo.

Amador. Veo el final.

Rufino. Está clarísimo.

Castro. Saldo de cuentas de amor-Telón rápido.»

Julia. (A Ricardo aparte.) Marqués, acordáos de que á una mujer es fácil inclinarla por un camino determinado, con tal de tener en cuenta esa copla.

Ricardo. Sí: Aurora, sí. Te adoro, rica, pobre, como tú me ames.

Julia. Muy bien.
Aurora. ¡Por fin!
Julia. Si, ¡por fin! Así me gustáis. Yo protejo el arte y vos á la hermosura. Ambas cosas, son

MAS QUE EL ORO

(Aurora y Ricardo forman un grupo en el primer término de la derecha. Al foro junto á la ventana, Julia y César. Junto á la puerta, Gloria y Robertin. En el segundo término de la izquierda, D. Amador y D. Rufino. En el primer término, Castro. Todos con mucha espectación, mientras se oye de nuevo la copla y vá cayendo muy lento el telón.

No busques en mi riquezas
porque riquezas no tengo.
Busca en mí un corazón noble,
el corazón que te ofrezco.

FIN

OMISIÓN IMPORTANTE

En la Escena XI, impresa en la página 17, después de la linea 23, debe decir:

Amador. Nosotros veraneamos en esta casita que mi niña dice que es *mona*, pero á mí, maldito si me gusta.
Julia. No digas eso, papá.
Ricardo. Es hermosa.
(Sigue la linea 24.)

Obras de Emigdio Tato

El Abogado Defensor, juguete cómico en un acto.

Aurora, monólogo en verso.

La fiesta del Pueblo, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Campiña. En colaboración con J. Medina.

Amores extremos, diálogo en prosa.

Marieta, cuadro de costumbres valencianas, en un acto y cuatro cuadros, música del Maestro Campiña.

Lunita Clara, comedia en dos actos.

¡Todos estamos locos!, comedia en un acto.

Más que el oro, apunte de comedia en un acto.

Las travesuras de Juanito, juguete cómico-lírico, para teatro Guiñol, música del Maestro Campiña.